

COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

n° 144 ¿Qué sucedió el día de Pentecostés?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 144 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

¿Qué sucedió el día de Pentecostés? (731-732; 738)

En Pentecostés, cincuenta días después de su Resurrección, Jesucristo glorificado infunde su Espíritu en abundancia y lo manifiesta como Persona divina, de modo que la Trinidad Santa queda plenamente revelada. La misión de Cristo y del Espíritu se convierte en la misión de la Iglesia, enviada para anunciar y difundir el misterio de la comunión trinitaria.

“Hemos visto la verdadera Luz, hemos recibido el Espíritu celestial, hemos encontrado la verdadera fe: adoramos la Trinidad indivisible porque Ella nos ha salvado” (Liturgia bizantina. Tropario de las vísperas de Pentecostés).

El día de Pentecostés, estando Cristo ya glorificado, habiendo sido constituido Señor y Mesías, es cuando él derrama el don del Espíritu en plenitud, al mundo. El Credo dice que proviene el Espíritu Santo del Padre y del Hijo; podemos imaginarnos al Padre y al Hijo al mismo tiempo infundiendo el don del Espíritu para la vida del mundo. San Juan Crisóstomo, para referirse a la glorificación (muerte y resurrección unidas en ese misterio Pascual), utiliza una imagen muy bella que es la de un frasco de cristal que guarda dentro de él, un perfume delicioso; ese frasco cuando se cae al suelo y se rompe es cuando el perfume que está en su interior se difunde por toda la casa. Así, Cristo glorificado muerto y resucitado, ha infundido en el mundo entero el don del Espíritu Santo. Entonces, dice este punto que, en ese momento, queda plenamente revelada la Santísima Trinidad; es como el día de Pentecostés, el día de la revelación de la Santísima Trinidad, porque en el Antiguo Testamento se había revelado especialmente el Padre; durante la vida de Jesucristo, desde su Encarnación se ha revelado el Hijo; y ahora, cuando el Hijo ha sido ya glorificado se revela el Espíritu Santo. Es la revelación del misterio trinitario.

De alguna manera estamos siendo invitados a participar de la comunión de la vida trinitaria, no es una revelación meramente para que seamos espectadores de ella, sino que estamos integrados en esa revelación de la Trinidad, es una invitación a introducirnos en su intimidad y a participar de su envío, porque inmediatamente somos introducidos en ese seno de la vida trinitaria y somos enviados. Pentecostés es el día del envío, es el día en el que nos convertimos todos en apóstoles. Podríamos decir que el momento de Pentecostés es el nacimiento de la vida de la Iglesia, por lo menos en su plenitud.

Hay un texto de la liturgia bizantina, un tropario de las vísperas de Pentecostés que está incluido en este punto: ***“Hemos visto la verdadera Luz, hemos recibido el Espíritu celestial, hemos encontrado la verdadera fe: adoramos la Trinidad indivisible porque Ella nos ha salvado” (Liturgia bizantina. Tropario de las vísperas de Pentecostés).***

Tenemos que pedir este don al Espíritu Santo: ser adoradores de la Trinidad. Solamente con el don del Espíritu Santo podemos convertirnos en verdaderos adoradores en espíritu y en verdad. Jesucristo es la verdad y el Espíritu Santo es el espíritu. Son ellos los que nos enseñan a adorar a la Santísima Trinidad. Un ejemplo de la importancia de la adoración nos lo muestran las revelaciones particulares de Fátima, cuando esos tres pastorcillos recibieron un año antes de la visita de la Virgen María, la visita del Ángel que les enseñó a adorar: *“Dios mío, yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no os aman”...“Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, os adoro profundamente, y os ofrezco el preciosísimo cuerpo, sangre alma y divinidad...”* Fijaros cómo se les introduce a esos niños en la adoración a la Santísima Trinidad.

Otro ejemplo es ese pasaje inolvidable de Santa Isabel de la Trinidad: *“¡Oh Dios mío! Trinidad a quien adoro, ayúdame a olvidarme totalmente de mí (La adoración a la Santísima Trinidad es clave para que podamos llegar al olvido de nosotros mismos), para instalarme en ti, inmóvil, como si mi alma estuviera ya en la eternidad. Que nada pueda turbar mi paz ni hacerme salir de ti, mi Dios inmutable”.* *“¡Oh Dios mío! Trinidad a quien adoro”.* Pedimos ese don al Espíritu Santo, quien ha revelado la Santísima Trinidad en el día de Pentecostés para que nos dé el don de la adoración a la Trinidad.